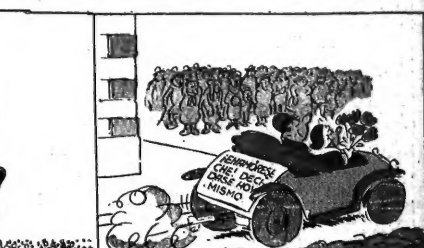
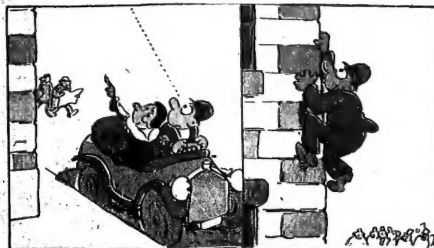


Aparece los Sábados

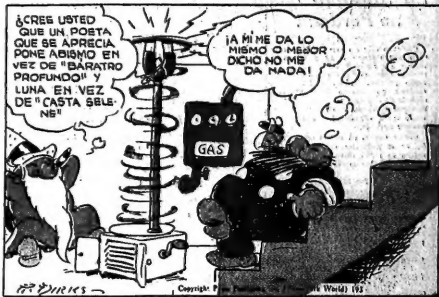
Suplemento Cómico de CRITICA en Multicolor

Marzo 28 de 1931



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por R. DIRKS





LOS LIOS DE DEDALITO Y ESPAGUETI *por* SEGAR





DE DIBUJOS DE LA VOL. MONTADA

ESPOSA DE JIMMY

SURFISTA DEL DETACHAMENTO

DESCENDIENTE DE LOS TOQUIES

El Tesoro de la Ciudad de los Césares

Nóvela de aventuras original del célebre escritor yanqui Milton Harvey, cuyos derechos de publicación en castellano ha adquirido con carácter exclusivo CRÍTICA

Ojigros en los archivos policiales de los Estados Unidos, y aun cuando nunca los sabedores consiguieron probarle su culpabilidad en más de un atentado que conmovió al público, era indudable que el ruso doctorado en San Petersburgo no era ajeno a los planes terroristas llevados a la práctica contra el Groshin May y el Rommler Dewis, dos establecimientos fabriles de gran potencialidad industrial.

Smirloff tenía un ayudante. Un mozo rubio, imberbe, de ojos azules, llamábase Usberg y carecía de familia en la Unión.

Usberg llegó ya entrada la noche al laboratorio. Desde hacía un buen rato, Smirloff ha-

lloroso se entregó con demasiada confianza a la dulce ilusión de una nueva vida. La pobre ciego ignoraba que una nube cerisea sobre la cabala anunciaba un terrible temporal, del que sólo por obra del milagro podrían salvarse todos.

Entrantado, el pequeño Jack, suspendió su pueril atención de los labios de los tres hombres que discutían punto por punto la arriesgada aventura del tesoro de la Ciudad de los Césares.

¿DONDE ESTA LI-SUNG?

EL EXTERRINADO HUYO DE LA CAVERNA

CUANDO los doce bravos muchachos que en un tiempo obedecían las órdenes de Joe Mc. Lean — en la época en que Joe Mc. Lean era sargento de la Policía Montada — allanaron la Caverna del Dragón, rebajó de la banda amarilla de Li-Sung, el odioso exterminador de la raza blanca, los ojos de la justicia y de la seguridad. Todo el resto de la terrible organización china, inclusive el pececito Hogg, cayó en poder de los doce voluntarios, los cuales, con las formalidades que el caso requería, se apresuraron a ponerlos a disposición del jefe del detachamento.

¿Qué qué medios se valió Li-Sung para evadirse?... ¿Había alguna otra puerta secreta en la cueva de los humederos de opio?... Probablemente no existiera ninguna otra salida oculta, pues sino ¿cómo se hubieran salvado los complices del misterioso hijo del Celeste Imperio; aunque también no sería difícil que Li-Sung, en el instante del peligro, sólo se preocupara de salvarse, y no era hombre de asegurarse fácilmente ante el peligro. Sólo, en un alfiler, sin nadie que secundara sus criminales planes, Li-Sung se escapó de la caverna.

Y allí donde estuviera, en el rincón más lejano y olvidado de la Tierra, Li-Sung presen-

teaba un aserrieto... manifesté al ayudante con severo gesto.

—De manera que yo tengo la culpa?... repitió el sujeto. — ¿Yo tengo la culpa? ¡No es esto, Mr. Nicholson!... Yo sabía que Mr. Nicholson vendría a robar el tesoro.

Mr. Nicholson, se unió un niño. Sin embargo, usted es una autoridad en la Policía Montada. Por su profesión ha tratado usted con toda clase de malhechores. Conoce cómo operan los ladrones y jamás debió poner tan preciosos papeles al alcance de cualquier mano.

—Dígame usted, Mr. Nicholson, ¿yo soy una autoridad, pero, por la forma de expresarse parece que usted no me reconociera como tal... hablo el sujeto.

Mr. Nicholson avanzó dos pasos. Incluyó su cabeza y dijo en voz más baja:

—Entre nosotros no existían grados, Mr. Bur. Somos complices y nada más.

Mr. Burke miraba copiosamente. Era indudable que estaba pasando un mal rato.

Al fin decidió a preguntar:

—¿Qué podíamos hacer ahora, Mr. Nicholson?... ¿Cree usted que está todo perdido?... Si usted no se opone, Mr. Burke, le doy mi palabra de honor que recuperaremos el tesoro. ¿Me permite que me haga cargo yo de este asunto?... El tono de Mr. Nicholson era ya amable.

—¿Li-Sung, Nicholson, Encargados usted y tengamos al corriente de cuanto suceda.

El agente Hamilton anunció a Smirloff, Mr. Burke levantó su mirada hacia el rostro de su ayudante.

—¿Qué quiere ese hombre?... ¿Lo ha llamado usted, Mr. Nicholson?... Si, Mr. Burke.

Diciendo esto, Hamilton, el ayudante ordenó a Smirloff:

—¿Qué pasa Smirloff?

Cuando se hubo retirado el agente, Mr. Nicholson se volvió a repetir la invitación a Smirloff. Mr. Burke, que dentro de breve tiempo saldría de la ciudad, se apresuró a aceptar la oferta de alivio. Pero, sin duda alguna, pasaría las de Caín si supiera que Mr. Nicholson no había sido sincero; porque Mr. Nicholson había convenido de que recuperaría el tesoro y también que se daría a la fuga con el tesoro, sin la molestia que representaba un hombre como Mr. Gordon Burke.

Pero Jimmy el Político se equivocaba. Bill creía en la existencia del tesoro y, más aún, sabía que en poder del ex contrabandista se hallaba el tesoro de la Ciudad de los Césares.

LA ENTREVISTA

SMIRLOFF LLEVA A UN ACUERDO

—¡SIENTESE, señor. Póngase cómodo.

Smirloff no pudo en un sofá de tela verde. Evidentemente, Mr. Nicholson procuraba hacerse simpático y guarecer su cordialidad. Pero, Smirloff era hombre por naturaleza y respondió con ademán burlesco a las gentilesas del ayudante de Mr. Gordon Burke.

—¡Recuerde, usted, Smirloff, el incendio de la residencia de Mr. Corning!

—¿Algo he leído de eso — contestó el terrorista.

—¿No cree usted que fue intencional? ¿El mayor dicho, ¿qué hubo una mano criminal?... No tengo por qué suponer nada — repuso Smirloff de mala gana.

—Yo, en cambio, sé a qué aludaba.

Mr. Nicholson se acercó al escritorio, ministro de Mr. Gordon Burke.

—¿Perdón, Mr. Burke. ¿Me permite ver el documento de que le hablé?

Mr. Burke se hizo a un lado y Mr. Nicholson sacó de uno de los cajones una carpeta con el nombre de Corning.

—Esto es.

—¿Ve usted una pequeña pila, añadió?

—No. ¿Me permite usted verla, señor? Un hombre que vivía en la habitación de la planta tercera de la fábrica de Santa Rosa, Missions, cuando los míos los únicos ladrones que se acercaron a la Manufactura de la fábrica de la Smith Co.

—¿Me permite usted ver la carpeta. En un pequeño envoltorio está un par de botones de oro.

—¿No ha perdido usted estos botones, Mr. Nicholson? ¿Me permite usted verlos, señor? Los botones pertenecían a una chaqueta de un hombre que vivía en la habitación de la planta tercera de la fábrica de Santa Rosa, Missions, cuando los míos los únicos ladrones que se acercaron a la Manufactura de la fábrica de la Smith Co.



III EPISODIO

"La Máquina Infernal"

EL TERRORISTA

EN EL LABORATORIO DE SMIRLOFF

SMIRLOFF era un hombre de laboratorio, de fórmulas químicas, de combinaciones extraordinarias, de sustancias explosivas. Embarcado, con sus cuernos neuróticos, sus párpados salientes, su barba rala, surgió de pronto en una esquina y antes de que pudiera fijar su atención en la máquina, se le había tragado la tierra.

En su laboratorio descubierto su extrema pobreza. El trazo rápido y descolorido por el uso, el sombrero sin forma precisa sobre su revuelto pelo, los zapatos destalonados y botas chuecas y los agujeros de sus medias, daban a la clara luz la situación económica de este doctor en química. Porque Smirloff había sido doctorado en San Petersburgo, en la época de los zares en que la capital rusa se llamaba así. No es difícil afirmar que Smirloff no conociera mejores tiempos. Si bien es cierto que en su rostro el hambre había dejado huellas, podía leerse en su mirada y en su amplia frente, un origen distinto al de la gente que lo rodeaba y que constituía una banda del terror.

Quién sabe por qué extraños caminos este humilde ciego y educado se convirtió en el profeta rojo de la diáspora.

Smirloff era un sujeto catalogado como pe-

líasas ocupado en combinar líquidos en tubos de vidrio de distinto tamaño.

—¿Hay novedades?... preguntó al recién llegado.

—Mr. Nicholson, ayudante de Mr. Gordon Burke, quiere hablar con usted.

—¿Hablar conmigo?... ¿Qué quiere de mí ese canalla?...

—No lo sé, Smirloff. Sólo me dijo que le comunicara que deseaba verlo esta misma noche. Mi opinión es de que no se trata de nada grave.

Smirloff volvió en la rejilla de la piqueta un líquido rojo. Lavó las manos y el tiempo que desahogaba el sufrido albor de la percha, dijo:

—¿El tío en volver, avisará a los muchachos... El perro es muy capaz de encerrarnos. Antes de marcharme, cerrará el laboratorio y guardará la llave debajo de la piqueta grande.

Smirloff tomó su sombrero y abandonó la pequeña habitación de su experiencia terrorista.

aproximadamente, en el lugar donde se levantaba la Ciudad del Rey Blanco.

—¿Qué clase de relaciones tuvo Bill con el indio Turpell?... dijo Joe Mc. Lean.

—Dudo que Bill el putambulo lograra arrancar de su silencio al descendiente de los toques. Según él, lo conocí en una miseria vivienda construida con troncos de árboles y chapas. Lo sorprendí tomando mate criollo, un brebaje verde que se absorbe con bombilla y que acostumbraban a tomar los nativos y aun los extranjeros dedicados a las faenas del campo o a los trabajos de la ciudad. El mate se sirve en pedacitos de puerca, alrededor de una hoguera o fogón y siempre da motivo a reuniones amenas, donde se narran cuentos y leyendas de apócrifos. Porque esa gente es supersticiosa y cree en la existencia de espíritus malignos, de visiones vagabundas y almas en pena. Turpell hallábase solo, junto a dos felices encendidos donde había un recipiente con agua. Parece ser que Bill le interrumpió repetidas veces sin obtener respuesta y al fin, un vecino, sin duda, le informó que el indio no despegaba los labios desde hacía mucho tiempo y que guardaba el secreto de un tesoro escondido. Bill supuso que todo era fruto de la imaginación de esa gente y no volvió a ocuparse del asunto.

—Dime, Jimmy — preguntó Joe Mc. Lean, con visible interés. ¿Tú crees que Turpell hablara para nosotros?

Jimmy contestó inmediatamente:

—Estoy seguro, Joe. Con una palabra que dijo a su oído, Turpell nos acompañaría como el guiá más fiel.

Eleanor preparó una taza de té para los hombres y para el niño. Sentíase feliz, como nunca lo había sido en su vida de matrimonio, hecha de esperas amargas. Desgraciadamente,

EL PLAN DE LOS TRES

JIMMY, JOE Y DICK RESOLVIERON LA AVENTURA

—¡CREES tú, Felencidiano, que encontraré seguro al ladro Turpell?... — interrumpió Joe.

—Estoy seguro que lo hallaremos si es que no ha muerto... respondió Jimmy.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes noticias del indio? — volvió a preguntar Joe.

—Cerca de dos años. Fue Missaguan quien me habló de él. Según parece, Turpell vivía en

guiría maquinando venganzas inconcebibles contra la raza blanca.

Odiaba a los blancos, porque un blanco fue quien lo robó el amor de su mujer. Y tan profundo era el aborrecimiento que sentía, que él mismo se había comprometido a matar a Li, a quien arrancaron de las garras de la muerte los doce bravos voluntarios de la Policía Montada.

Li-Sung estaba en libertad. Era un peligro inminente que andaba suelto. Nadie sabía dónde se hallaba, pero, ni uno solo de los que lo conocían dudaba de que a estas horas el recuerdo de Li-Sung trabajaba con insistente captividad una de sus múltiples ideas de exterminio.

¿QUIEN ES EL JEFE?

LA NO. SUCESOS O SE M. NARRAN...

Mr. Nicholson no se preocupaba de ocultar sus sentimientos a Mr. Gordon Burke. El ayudante del sujeto ya no era el hombre aparentemente sereno, amable, refinado, que recibía las malas noticias con solapado dolor. Mr. Nicholson mostrábase iracundo, discursivo y hasta grosero. Ya no guardaba el respeto debido a la jerarquía del sujeto y sin mayores miramientos solía reprocharle.

—¿Usted, Mr. Burke, nos ha llevado a esta situación...?

—¿Qué dice, Mr. Nicholson?... — inquirió con acento Mr. Burke.

—¿Qué había sido que usted tiene la culpa de lo que pasa. Un documento de la importancia del legado del Tesoro de la Ciudad de los Césares, debió custodiarse más y no dejarlo olvidado

comprobar el Bill no había querido al afirmar que el asunto del tesoro pertenecía al ayudante de la Policía Montada. Y si el ayudante de la Policía Montada, a la sazón integraba la banda de Res. Bill, el contrabandista. Concurría a media noche a la taberna de San Eduardo y allí lo sorprendieron embriagado el doctor junto al malhecho.

—¡Ph!... ¡Bill!... — gritó Jimmy. — ¡Ven a tomar una copa con nosotros!.

—Yo no pertenecía más al Cuerpo — le respondió buena gana la silla que le brindaba el Felencidiano.

—¿Cree que nos conocemos — manifestó Bill. — ¡No es el sargento de la Policía Montada!.

—¿Cree usted que yo soy un hombre de la Policía Montada? — preguntó Jimmy extendiéndole la mano.

—¡Mi señor!... ¡Ahora puedo decirle que soy un hombre de la Policía Montada!.

—¿Cree usted que yo soy un hombre de la Policía Montada? — preguntó Jimmy extendiéndole la mano.

El Felencidiano llevó la conversación a la aventura de los banditos yanquis en la Patagonia. Su oído se elevaba unas veces en el rostro de Mr. Nicholson, otras en el rostro de Burke, que permanecía en silencio junto a su escritorio.

—Escuche, Smirloff, usted, sin duda, tiene muchos proyectos. Un contrabandista podría malograrnos definitivamente. Después de todo, los yanquis perdieron en esto. Usted preside la máquina y me avisa. Yo sé dónde debe ser colocada. Es un favor que nosotros — y Mr. Nicholson señaló a Mr. Burke — le agradeceremos, reservando todo lo que pueda comprometerlo.

—De acuerdo, Mr. Nicholson. Yo aceptaré el asunto.

gros, del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

—¿No ha perdido usted estos botones, Mr. Nicholson?... — preguntó el terrorista.

—Mr. Nicholson negó con la cabeza. No evidenciaba sorpresa alguna.

—¿Cree usted que me pertenecen?... Su pregunta me da la impresión de que usted quiere que existan... — dijo el hombre de la barba rala.

—Esta semiprejuicio bastaría para que funcionara la máquina infernal, Smirloff.

El ruso, movido por el interés de que se tratara, pretendió cortar el diálogo.

—¡Abreviemos, Mr. Nicholson. Si usted nos habla de mí y planes encerrados, ya puedo aborraz palmar.

—Yo no sospecho de usted, Smirloff. Tengo la seguridad de que es usted el culpable, pero no quiero hacerle daño. Esto, claro está, a cambio... —

—¿A cambio de qué?... —

—De una máquina idéntica a la que colocó usted en la Revolt Co.

Smirloff dudó. Sus ojos se elevaban unas veces en el rostro de Mr. Nicholson, otras en el rostro de Burke, que permanecía en silencio junto a su escritorio.

—Escuche, Smirloff, usted, sin duda, tiene muchos proyectos. Un contrabandista podría malograrnos definitivamente. Después de todo, los yanquis perdieron en esto. Usted preside la máquina y me avisa. Yo sé dónde debe ser colocada. Es un favor que nosotros — y Mr. Nicholson señaló a Mr. Burke — le agradeceremos, reservando todo lo que pueda comprometerlo.

—De acuerdo, Mr. Nicholson. Yo aceptaré el asunto.

gros, del tamaño de una moneda de cinco céntimos.

—¿No ha perdido usted estos botones, Mr. Nicholson?... — preguntó el terrorista.

—Mr. Nicholson negó con la cabeza. No evidenciaba sorpresa alguna.

—¿Cree usted que me pertenecen?... Su pregunta me da la impresión de que usted quiere que existan... — dijo el hombre de la barba rala.

—Esta semiprejuicio bastaría para que funcionara la máquina infernal, Smirloff.

El ruso, movido por el interés de que se tratara, pretendió cortar el diálogo.

—¡Abreviemos, Mr. Nicholson. Si usted nos habla de mí y planes encerrados, ya puedo aborraz palmar.

—Yo no sospecho de usted, Smirloff. Tengo la seguridad de que es usted el culpable, pero no quiero hacerle daño. Esto, claro está, a cambio... —

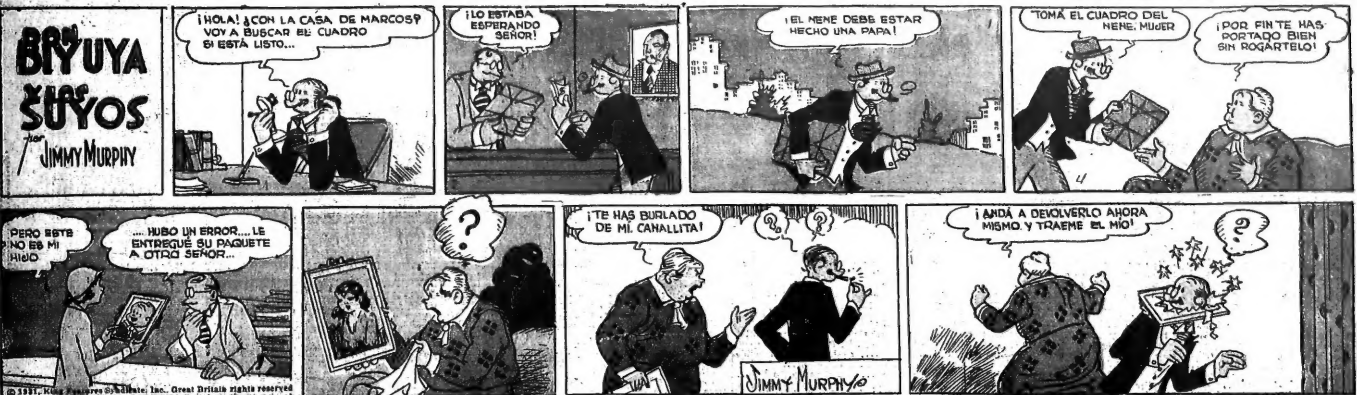
—¿A cambio de qué?... —

—De una máquina idéntica a la que colocó usted en la Revolt Co.

Smirloff dudó. Sus ojos se elevaban unas veces en el rostro de Mr. Nicholson, otras en el rostro de Burke, que permanecía en silencio junto a su escritorio.

—Escuche, Smirloff, usted, sin duda, tiene muchos proyectos. Un contrabandista podría malograrnos definitivamente. Después de todo, los yanquis perdieron en esto. Usted preside la máquina y me avisa. Yo sé dónde debe ser colocada. Es un favor que nosotros — y Mr. Nicholson señaló a Mr. Burke — le agradeceremos, reservando todo lo que pueda comprometerlo.

—De acuerdo, Mr. Nicholson. Yo aceptaré el asunto.



BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA por JIMMY MURPHY



[illegible]

MICIFUZ
por
G. G. DRAYTON



DOÑA GATA LE DIO PERMISO A MICIFUZ PARA VISITAR UN AMIGUITO...



NO TE VAYAS A MOJAR, QUE PODES RESFRIARTE...



MICIFUZ CRUZABA EL RIO SALTANDO SOBRE LAS PIEDRAS PARA NO CAERSE...



EN ESO RESSALÓ CON TAN MALA SUERTE QUE CAYÓ A LA CORRIENTE. LOS RATONES LO SALVARON...



Y PRENDIERON FUEGO PARA SECARLE LA ROPA. MICIFUZ JURO NO COMERSE MÁS NINGUNA LAUCHA...



ASI PUDO LLEGAR A CASA DEL AMIGUITO Y DARSE UN BANQUETE DE PRIMERA



Y HASTA ROBÓ UN TROZO DE TORTA PARA LLEVARLE A DOÑA GATA, DE REGRESO...

MOCITO Y PALOMINA

Por **G. G. DRAYTON**



¡AQUELLA CASA DEL BOSQUE PARECE DESOCCUPADA!



¡BIENVENIDOS, NIÑITOS! ESTE ES EL PALACIO DE LOS ENANITOS CANTORES DE LA SELVA!



¡CRIADITA! DIGO EL ENANO MÁS VIEJO! ¡NOSOTROS VAMOS A LA MINA DE ORO DEL MUNDO SUBTERRÁNEO! ¡CUIDA DE ESTOS NIÑOS!



NO VAYAS A ABRIR LA PUERTA A NADIE Y, SI GOLPEAN TRES VECES, HIENOS, PORQUE ES EL LOBO. SI GOLPEAN CUATRO VECES, TIENES UN BALDE DE ARENA, PORQUE ES LA HORMIGA SANGRIENTA Y, SI GOLPEAN CINCO VECES, TIENES UN BALDE DE AGUA, PORQUE ES LA LARVA DEL MOSQUITO...



HAY UNA LINDA CHICA Y TRES ENANITOS A LA VUELTA DEL BOSQUE, PARA QUE ABRIAN TERNES QUE OFRECER MANZANAS REINETAS...



Y DECIDIÓ VENDERLE A LA NIÑITA, MÁS HERMOSA QUE ELLA, UNA FRUTA ENVENENADA, PORQUE LA LUNA DEL ESPEJO LE DIO QUE ELLA NO ERA LA MÁS LINDA.



AL RATO SE OYÓ QUE ALGUIEN OFRECÍA BAJO LA VENTANA DELICIOSAS MANZANAS REINETAS. LA CRIADITA SIN SOSPECHAR NADA FUE A ABRIR.



¡QUÉ LINDO OLOR DESPIDEN! ¡SON BIEN MADURAS Y HAY QUE COMERLAS ENSEGUIDA!



¡SUELTALA NO LA MUERDAS QUE ESTÁ EMPONZO! NADA, QUAAU, QUAAU!



¡ABRÍ! ¡HAY AQUÍ! ¡VUELVERA A HABLAR?



LOS TRES SE DESPIDIERON LAMENTANDO NO PODER LLEVAR UN GOMO PARA MOSTRARLO EN LA CIUDAD, NINGUNO DE LOS SIETE ENANITOS QUISO IR.



¡QUÉ LINDO ES ESTAR CONTENTO!!

Y SALTANDO Y BAILANDO, ECHARON A ANDAR POR UN BANDERO HASTA DONDE LLEGABA EL CANTO DE LOS PAJAROS. Y CUANDO MOCHÓ QUE SOLO EN LOS CUENTOS EXISTIAN HOMBRITOS CON ESCARPIÑES Y BONETE PANTAFUDDO. ¡TODOS CAYEN EN UNA CANASTA!